SCIENCE OF MIND®
ARCHIVES & LIBRARY FOUNDATION
Where the Past Illuminates the Future

Principio Evolutivo

Ernest Holmes

Este documento es de dominio público y está disponible a través de los servicios de los Archivos y Biblioteca de Ciencia de la Mente. El cargo nominal de este documento ayuda a cumplir nuestra misión de ubicar, organizar, preservar y compartir registros, recursos, materiales y documentos que respaldan las actividades y expresiones de Science of Mind®. Para acceder a muchos de nuestros y de otros documentos, visite nuestro sitio web. Los suscriptores de nuestro sitio web y amigos de los archivos obtienen acceso a un número selecto de descargas mensuales gratuitas.

scienceofmindarchives.com

Principio Evolutivo

Ernest Holmes

Nada es más evidente que el Principio Evolutivo, ya sea que se elija llamarlo Dios o un Impulso dinámico, no solo presiona contra todo para expresarse, sino que en la vida humana busca evolucionar.

Innumerables individuos, cada uno bien individualizado, aún permanecen enraizados en la base de una unidad común. Así como la ciencia nos dice que solo hay una energía en el universo y una sustancia, Emerson nos dice que solo hay una mente común a todos los seres individuales. Todos participamos de la naturaleza de esta Mente y cada uno la individualiza de una manera única. Es la base de la vida de cada persona, sin embargo, hay un Principio de Vida universal. En filosofía hablamos de este Principio de Vida como Realidad. En religión lo llamamos Dios o Espíritu. En psicología se llama ser individualizado, se designa como Libido, lo que significa un anhelo emocional de autoexpresión detrás de, en y a través de todo. En ciencia a veces nos referimos a esta Realidad como el Principio Evolutivo.

Es evidente que tal Principio o tal Impulso existe, al tratar con Él estamos tratando con una Realidad de la que es imposible escapar. Si uno fuera a escudriñar cuidadosamente el auge y la caída de los imperios a lo largo de la historia, descubriría que en la medida en que cualquier grupo de personas, consciente o inconscientemente, se han alineado con este impulso divino, han prosperado y en la medida en que fueron en su contra, han sido automáticamente destruidos.

Tan claramente como es posible determinar inteligentemente, parece como si este Impulso de nuestra evolución estuviera tratando de producir innumerables patrones de Sí Mismo, dejando todo el alcance a la autoexpresión e iniciativa individual, mientras que al mismo tiempo, uniendo a todos juntos, cada uno está enraizado en una Mente, Causa o Inteligencia común.

La democracia, como sistema político, se acerca más al cumplimiento de un Propósito Divino que cualquier otro sistema de gobierno, porque coincide más con el Principio detrás de todo. La democracia se basa en el principio de la autoexpresión individual, restringida únicamente por el bien común. El gobierno constitucional reconoce este principio y busca restringir al individuo a través de códigos de ley que están diseñados para brindar el mayor bien al mayor número de personas y, al mismo tiempo, vincular a todo el cuerpo político en una unidad de propósito, plan y acción. Por lo tanto, el gobierno constitucional es un gobierno de leyes y no de personas. No conoce la inferioridad ni la superioridad y funciona sobre una base tan impersonal como sea posible.

Las dictaduras y el absolutismo estatal buscan revertir todo este orden natural de las cosas, se construyen sobre el supuesto de superhombres y razas superiores, buscan hacer cumplir sus dictados, no a través del reconocimiento de la ley natural, ni sobre la base de una unidad común sino que imponen su autoridad por la fuerza. Es la antítesis de la democracia y nunca puede tener detrás el mismo poder espiritual que tienen los sistemas democráticos. Por lo tanto, en cualquier lucha entre sistemas democráticos y gobiernos totalitarios, los sistemas democráticos siempre deben tener más poder espiritual que sus oponentes.

Esto no debe verse simplemente como un sentimentalismo, ni como una filosofía pacifista. Hay algo más dinámico al respecto. Una vez que admitimos que hay causas fundamentales en el universo, debemos aceptarlas como irresistibles. Quien y lo que sea que esté del lado de la naturaleza finalmente ganará, porque la naturaleza no puede ser derrotada.

Si bien no podemos creer en un Dios que favorece a un grupo de personas sobre otros, ciertamente podemos y debemos entender que cualquier grupo de personas que consciente o inconscientemente coopera con la naturaleza debe tener un poder detrás de ellos que es irresistible. Si creemos que existe el bien, la verdad y la justicia, y si creemos que el universo se basa en la armonía y la unidad, entonces debemos entender que el amor y la fraternidad se encuentran entre los muchos impulsos del Principio

Evolutivo.

Todas las catástrofes y calamidades que la humanidad ha acarreado, deben ser efectos del desconocimiento de la verdadera ley, el mal uso del verdadero poder y la mala interpretación del verdadero propósito detrás de todo progreso.

Ahora nos enfrentamos a una situación en la que grupos de estados totalitarios buscan imponernos al resto de nosotros condiciones que son fundamentalmente opuestas al verdadero Principio de Realidad. Se hace necesario que los estados democráticos se defiendan, y podemos estar seguros de que el poder de la verdad está detrás de ellos. Todo el poder de la verdad está detrás de ellos. Esto significa que el Principio de Dios está detrás de ellos y que no pueden fallar.

La lucha de la democracia no es instaurar un gobierno mundial, dictado por superhombres, ni por naciones superiores, sino iniciar un gobierno de derechos donde la libertad no se confunda con el libertinaje, donde se tenga en cuenta el bien común de todas las personas y donde los débiles reciben la misma consideración en la Junta de Justicia que los fuertes. No importa cuán idealista o espiritualmente inclinado pueda ser cualquier grupo de personas, no pueden dejar de reconocer que la lucha actual es una lucha entre el bien y el mal, entre lo que debería ser y lo que no debería ser.

Hay una implicación espiritual en la democracia que el totalitarismo no alcanza ni aproxima. Uno es directamente opuesto al otro. Los dos nunca pueden unirse en ningún sentido. Tenemos derecho a saber que nuestras oraciones y tratamientos espirituales para la preservación de la democracia y para la protección de aquellos que luchan contra el totalitarismo serán efectivos. Si no pudiéramos creer esto, nos veríamos obligados a aceptar la impensable proposición de que el mal es igual al bien, que la injusticia y la opresión humana son iguales a la verdad y que la fuerza física lucha contra la ley espiritual. Nadie puede ser tan tonto como para creer esto.

Ha llegado el momento de que todo el que tiene fe en Dios, que todo el que tiene la convicción de que el bien es la fuerza final, dirija todos sus

esfuerzos, individual y colectivamente, a la conservación de aquellos ideales que han dado al mundo su mayor esperanza y su única libertad. Ahora es el momento de unir nuestras oraciones, nuestra fe y nuestra convicción en una causa común y podemos saber con absoluta certeza que este período de confusión finalmente dará paso a una paz permanente basada en la ley, el orden y la justicia y dedicada a la proposición de que todos los hombres son espiritualmente libres e iguales. No hay nada débil o no cristiano en esta actitud.

Aquellos que protegen cuidadosamente la vida y las enseñanzas de Jesús, así como todos los demás líderes espirituales a lo largo de los siglos, saben esto y ellos lucharon sin vacilar contra los poderes del mal. Lo que colocó a Jesús en una categoría diferente de los demás, que también lucharon contra el poder del mal, fue que él estaba libre de arrogancia y estaba listo para perdonar inmediatamente a todos los malhechores cuando estos malhechores cumplieron con la Ley de Justicia. ¿No dijo Jesús: “Ve y no peques más, para que no te suceda algo peor?”

No podemos separar el amor de la justicia, ni la ley de un orden universal. No podemos separar el verdadero espíritu cristiano del deseo de preservar los principios democráticos, que desde hace mucho tiempo han hecho posible el ejercicio de los principios espirituales en los asuntos humanos. Quien lucha por la democracia, no lucha por Dios sino con Dios. Quien tiene una visión del mayor bien para el mayor número de personas es el que más se parece a Dios en su actitud hacia la humanidad. No debemos permitir que ninguna actitud derrotista enturbie esta visión.

La derecha debe y ganará. Debemos saber que nuestra causa es justa, liberarnos de todo odio o animosidad personal y con serena deliberación, con aplomo, determinación y una profunda convicción espiritual interior, debemos reafirmar esta proposición, “Nuestra causa es justa y este será nuestro lema en Dios confiamos.”